

1

Debo advertirles que este libro no tiene mérito literario alguno. Es un desatino morboso, enrevesado, inverosímil, repleto de personajes poco creíbles, escrito en una prosa terriblemente vulgar, con frecuencia ridículo y deliberadamente estrambótico. No es necesario que diga que no espero que crean ni una palabra.

Y sin embargo, no pueden reprochárseme por entero sus fallos. Tengo buenas razones para presentarles un relato tan improbable y sensacional.

Todo es cierto. Cada palabra de lo que sigue ocurrió en realidad, y yo no soy más que el periodista, el humilde Boswell, que las ha registrado por escrito. Ya habrán notado que soy novato en los menesteres de contador de historias, que carezco de la capacidad de los expertos, que no me es propia la habilidad de seducir al lector, de confundirle con trucos narrativos o la destreza de mi puño.

Pero puedo prometerles tres cosas: relatar los hechos con el mayor orden y propósito de los que sea capaz, no omitir nada que considere relevante y ser tan franco y libre con ustedes como sea posible.

A cambio les pido que sean comprensivos con alguien que asume el papel de cuentacuentos tardío en su vida, un aficionado con escasa habilidad que solo espera, en el momento de meter los pies en la charca de la historia, no ponerse en ridículo sin necesidad.

Una última cosa, una advertencia final: para ser justos, debo conceder que tendré motivos para mentir más de una vez.

¿Qué deberían creer ustedes, mis lectores, en ese caso? ¿Cómo distinguirán la verdad de la ficción?

Por supuesto, dejo eso en sus manos.